

Esther RAMÓN (1974)

Vuelvo siempre a una caja, a una maleta transparente. Me come y regurgita, salto en torno a un solo hueso, me sopla desde el interior y la cuerda se deshace sin tocar los cabos. Cuando algo está bien escondido es otro encaje, viene el esfuerzo en bandadas opuestas, y luego hay personas que lo atraviesan pero no basta el impulso: los brazos del deseo son muy cortos, me tragué la voz y todo el lago. Sin alterar la deserción, dejo pistas: migas de sol y piedras que a ciertas horas se elevan como bengalas. Como la cueva es confortable, o es lamer lo que conozco, los jinetes hablan sobre todo en la cabeza, morder manzanas enfrente del espejo multiplica el sabor de lo perdido. Ordeno cuidadosamente los armarios, dentro del balde de agua la realidad es circular y siempre limpia, hasta que el polluelo resbala. Ensayo con la voz distintas taras: el árbol mordido por la mesa, el cazo cuarteado por los bordes, calentamiento extremo de las bombillas, la luz que explota. Todo eso ocurre, claro está, por dentro; no es solo tu pared lo que separa.

Las personas que caminan en un campo de cultivo, los búhos de nieve que irrumpen ahora en nuestra historia, con ojos amarillos. La espera ya no anida en el volcán. En la misma imagen cabe también el sueño de un pájaro que no se congela, el vuelo sin mantas, el mar sin frío. El calor vuelve a las plumas de las lechuzas nivales, que irrumpen para entregarlo, el calor del Ártico. Si lo que mana ya no es agua, habrá que guardar las manos hasta el deshielo, habrá que beber después, cuando florezca. Entonces nos contaremos los dedos, para que ninguno falte, y tantas espigas nuevas que apenas caben en la garganta. Ahora se escuchan los pasos de las personas que caminan en un campo de cultivo, tan grande y fértil que no se encuentran, y los cuerpos intactos esperan su estación, como el polen. Los contadores de aves imitan el color y el silbido, pero son incapaces de reproducir el vuelo, ese que invierte la caída, que eleva las semillas y las sumerge en luz.

El invierno ha durado 80.000 años. Terminó de pronto, cuando ya no lo esperaba. Me arranco las pieles y es raro andar así, con el viento rozando los huesos. Recupero las uñas para rascar la superficie helada. Que responde con espuma de lenguaje, como puede, desollando el núcleo de sentido. Se rompen las pequeñas flechas, las primeras que lanzo. No importa. Vendrán otras más fuertes, vertebradas. He recordado la tierra. Escarbo y la encuentro intacta, desovando en mis dedos sus pigmentos. No me asustan las tibias que aparecen. Es más bien

hacia atrás y sin secuencia: me cuesta aceptar que siempre estuvo. También es raro no sentir el frío. Era otra la que temblaba y con ella quedaron las ficciones. Ahora miro alrededor y veo. Un arpón. Yo pescaba. Una cuerda. Yo me ataba las muñecas. No estoy sola. Debo aprender a enfocar, eso sí, y a distinguir los colores. Me deslumbra la arcilla. Lo quiera o no, todo empieza a despertarse. El blanco se cuartea por los bordes, como un huevo cascado desde dentro que a duras penas se contiene.

Me he pintado las uñas con algo anterior a la sangre. Diez corazones pequeños y sin cuerpo, que poso sobre las teclas. Espero. Sale de mí lo que se borra: “las carencias del lodo y su ración de agua desbordada”. Pero eso carece de importancia. Hay una palabra legítima, que me pertenece, y no es aullido. La cerco ahora, con los dedos tiznados, con todas las teas encendidas. Le molesta la luz y se acucilla. Entro. Salen a recibirme las otras, las de siempre. Rezuman sabores fuertes, en la hondonada del colmillo y la excepción genética, diseminan riñones de pájaros, collares sanguíneos como cerezas. Eso, y correr a lomos de un guepardo, con la mano derecha entre sus fauces. Arde el sol salvaje, es imaginario pero de nuevo incendia el papel. Las letras se cubren con pieles, aún palpitan. Nada me calienta. Es otro el nido y el sustento. Volví a asustar a la palabra, con tantos rojos. No quiero cazarla. Hay que serenarse y encalar la pared, hacer que vuelva.

(Poemas pertenecientes al poemario inédito *El cuerpo de los colores*)

caja de resonancia

son nuestros
golpes en el
almacén

de sonidos
los hombres
del sol
se detienen
y acarician
el hierro
de sus arados
y calman
a las reses
que hallaron
clavos entre
el pienso
son nuestros
golpes y no
el silencio

Este poema de mi libro *grisú* podría servir como punto de partida para un acercamiento a una especie de poética, en absoluto programática o anticipadora.

“Son nuestros / golpes y no / el silencio”. Como si, atrapados dentro de la cueva platónica, de la *maya* de las apariencias, el ser humano encontrara sólo una vía posible para realizarse: cantar, hablar, gritar, expresar-se. No es esta en absoluto una poética del silencio. Se trata de hablar, aún en el borde del precipicio, de gritar si es preciso, de expresar nuestro estar vivos. También puede hacerse por dentro.

En este libro, *grisú*, los poemas, adelgazados como túneles precarios de excavación, van hundiéndose lentamente en la tierra en busca, tal vez, del sentido último del ser. Mientras lo hacen se detienen en lo matérico y en lo no matérico, en el trabajo, en las criaturas del subsuelo, pero también en una especie de anhelo interno de encuentro que ofrece sus mejores piedras, las más preciosas, desde el inconsciente y la imaginación.

Lo animal, lo mineral, lo natural están siempre presentes en lo que escribo, tal vez por lo que completan. Se trata de un impulso totalmente instintivo, como si en estos animales imprecisos, y a veces mal colocados, en esas “reses” domesticadas que, con las letras cambiadas, son un reflejo exacto de los “seres” humanos que las domestican, se cifrase un anhelo último y genuino, el de vivir con mayúsculas, el de ser uno con la naturaleza, y con el instinto. También la denuncia explícita del antropocentrismo, aquel que, enarbolando el poder de la fuerza, doblega al resto de criaturas de la naturaleza, a su antojo, como un dioscecillo terrible que se ve también golpeado por su propio impulso destructor.

Otro de los ejes de mi poesía se encuentra en lo singular y en lo colectivo, en la expresión más íntima y veraz de cada ser, que se mueve ilimitadamente en los ámbitos de la imaginación y el inconsciente, y en su relación con los otros, en el saberse vivos, a veces juntos, a veces encarnizadamente enfrentados, en este viaje de todos.

Gracias, muchas gracias a Esther Ramón por cuanto nos regala en su generosa entrega.

(Las editoras)